

LOS MONTÍCOLAS DE LOS NILGHERRIS

Pastores, agricultores y silvestres

Hacia la punta de la península del Indostán, cerca de donde se encuentran los ghats del Este con los ghats del Oeste, se levanta el poderoso macizo de los Nilgherris ó Montañas Azules. Los ingleses les dan el nombre de *Hills* ó de colina, á pesar de que la arista superior, de la que la Dodabetta es el punto culminante, tenga una altura de cinco ó ocho mil pies por encima del llano. Gracias á esa elevación, esta región montañosa goza de un clima saludable y encantador; la temperatura media oscila alrededor de 15 grados centígrados. Después de la temporada de lluvias, la atmósfera se presenta de una pureza y limpidez ideal; la vegetación reaparece, la hierba sube, las flores de colores vivos matizan los helechos, los árboles se ven asaltados por plantas trepadoras.

Los montes abruptos se levantan como muralla cortada por profundas hoces. En su base, bosques de bambúes y espesas selvas sirven de refugio á los tigres, osos y jabalíes. A las lagunas suceden praderas, luego se entra en los bosques; por encima, grandes rocas perpendiculares. Sobre los llanos ondulan las colinas de faldas sombreadas, surcadas de valles por los que corren aguas límpidas y transparentes.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Se camina por entre parques y bosquecillos, sobre sendas bordadas por moreras y agavanzos, á lo largo de las praderas donde retozan los búfalos; de repente aparecen los linderos de la llanura. La vasta planicie se extiende á lo lejos, matizada, según los cultivos ó el bosque, de verde, amarillo y violeta combinado con el blanco de los poblados, hormigueros humanos, limitada por Occidente por el mar azul; hacia el Sur suben los Cardamones delicadamente azulados. Los ojos se llenan de suaves claridades, se ciernen sobre la extensión, se sumergen en las profundidades etéreas, contemplan la innumerable variedad de formas, de colores y de movimientos. Al atardecer, el divino esplendor que llenaba los cielos se descompone en colores de encanto; el oro y el naranja, el carmesí, amapola y bermellón, pasan por grados de matices rosados y purpurinos. Y cuando el sol se ha hundido en el Océano, la tierra, como cansada de colores, como ebria de luces, parece envolver sus miembros voluptuosos con velos de sombra transparente, cayendo en el silencio. La atmósfera es de rara limpidez, las estrellas parecen más brillantes que en otras partes; las constelaciones surgen como luciolas arrojadas al viento á manos llenas, como torbellinos de pirosonos y moscas de oro; el universo infinito que los resplandores del día había ocultado, aparece con toda su augusta magestad.

Sobre varias vertientes de los Nilgherris, los enfermos van á curarse, como en sanatorios, de sus calenturas y disenterías. Rosales silvestres, viñedos, naranjos, melocotoneros, ciruelos, manzanos, perales, fresas, grosellas, frambuesas, rábanos, coles, patatas, todas las plantas de Europa prosperan al lado del índigo y de la adormidera opionífera, junto al cafeto y al te, jun-

to á la quina de corteza bienhechora. Tarde ó temprano, esos cultivos y plantaciones cambiarán el régimen económico y social del país, modificarán hasta su aspecto físico, ¿pero será ello para embellecerlo? Sea lo que fuere, esta región no puede sino aumentar en importancia, gracias á lo sano de su clima, á la fertilidad de su suelo, á la diversidad de sus productos. Ya los caminos son numerosos convergiendo hacia el desfiladero de Coimbatour, que se abre sobre el interior de la península.

A los montícolas nos los describen así:

«Raza mezquina. Las más elevadas estaturas alcanzan 1 m. 58, las medianas 1 m. 52, las pequeñas 1 m. 42; estas son muy numerosas. Color obscuro. La cabellera larga y erizada en las mujeres, es gruesa y leñosa entre los hombres, cuyas barbas grises tienen rudeza de cerdas. Boca pequeña, labios gruesos. Torax llano, de escasa circunferencia; espina dorsal algo cóncava. Largos brazos, piernas cortas. Las rodillas vueltas hacia fuera; las uñas poco desarrolladas. «La raza autóctona de la India meridional, dice Huxley, tiene un sorprendente parecido con los indígenas de Australia.» Igual perfil, la misma frente, la misma cabellera en haz y brillante. Quitadles los andrajos, ponedles juntos y no se les ditinguirá.»

Ese retrato, en lo que tiene de poco simpático, se aplica sin distinción á los miserables irulas y curumbas, á los cotas en grado menor y nada á los badagas, los más numerosos de la población total, y aun menos á los todas. Aquí, como en muchas otras partes, el género de vida y el estado social tienen más importancia que la cuestión de raza y de origen. La descripción, bastante exacta cuando se refiere á los selvícolas, carece de exactitud para los artesanos, y es falsa para los agricultores y pastores.

Los todas habitan, en número de un millar, la parte

superior de los Nilgherris, en varias aldeas diseminadas. Se dicen á sí mismos los primeros habitantes del suelo.

El verlos produce satisfacción. Color chocolate claro, como los montañeses de Belutchistán. Alta estatura, bien proporcionada, de 1 m. 725, con frecuencia. Miembros robustos y musculosos; las extremidades no tienen nada de la gracia y delicadeza de los indostanes. Rasgos regulares. Los ojos negros, vivos y de un extraño fulgor, tienen cierta expresión de inteligencia, con frecuencia dulce y melancólica, parecida á las miradas del perro. En algunos individuos, á la menor excitación los ojos centellean como diamantes. Fisonomía judía—se ha descubierto que esas caras, diferentes á las de los vecinos, pertenecían á descendientes de las diez tribus perdidas de Israel.—Nariz aguileña, labios abultados, barba rizada, cabellera abundante formando corona. El sistema piloso, admirablemente desarrollado, les distingue del indostán y del dravidiano. Su longevidad es bastante mayor que la de los europeos, pero se ha creído observar que el excesivo consumo de opio les hace perder la fecundidad.

Su tono de voz es calmoso y grave; en las mujeres una graciosa jovialidad reemplaza la solemnidad. Hablan una lengua dravidiana, de forma arcaica, mezclada de sánscrito. Acostumbrados á llamarse y contestarse de una colina á otra, la voz es fuerte y la pronunciación silbante. «El viento, habla canora,» según expresión de Pope.

No puede uno menos que sentirse seducido por el gusto y la sencillez de sus costumbres. Su aspecto es magestuoso cuando se visten con una especie de toga, que deja un brazo y una pierna desnuda. Es una lástima que no se bañen y laven. Los todas se taracean la barba, pechos, brazos, piernas y pies, los adornan con círculos y cuadrados, anillos y maderitas.

El carácter responde á su físico. Son agradables por un fondo de buen humor, por su fresca jovialidad, la libertad y originalidad de sus modales, no menos que por la paciencia, afabilidad, por la delicadeza y amenidad de una conversación siempre amable y respetuosa, jamás socarrona:

«No podíamos por menos que amarles, dice Breeks. Se divertían mucho de nuestras idiosincrasias británicas, riéndose sin cohibirse, no creyéndose en nada inferiores á nosotros.»

En resumen: todos los viajeros han sido favorables á los todas, al menos mientras se mantuvo puro, antes que la emigración extranjera les invadiera. Pero los misioneros sienten hacia ellos cierta animosidad porque no han tenido la atención de dejarse convertir, y hablan de ese pueblo como de «bellos animales, indolentes y perezosos».

«No buscan la compañía de nadie, permanecen inmóviles durante horas con los ojos extraviados por el azul del espacio, divagando al modo de sus búfalos, no teniendo otra inteligencia que el instinto.»

Si el nivel intelectual no es muy elevado, al menos la tontería y la necedad les son desconocidas. Formados todos sobre el mismo modelo, cada cual conoce por intuición los pensamientos y el sentir de los demás. Cándidos hasta la inocencia, les es, ó les era, imposible el comprender una cuestión molesta con algún fin de fingimiento, y menos aun una mentira: no había más que tomarse el trabajo de interrogarlos para que dijeran, con gusto ó con disgusto, todo lo que sabían.

«Pastores», como dice su nombre tamul, pastores de siglos inúmeros, pastores de corazón y de alma, los todas son incapaces de emprender seriamente ninguna otra cosa que no sea el cuidado de sus rebaños; desaparecerán, seguramente, antes de interesarse en los trabajos de la agricultura y de la industria. Viven casi

sólo de leche, ¿cómo pensar, pues, en otra cosa que en sus vacas? Sólo consumen ínfima cantidad de farináceas, tomadas de los badagas á título de tributo, más ó menos graciosamente consentido á los soberanos, ó primeros ocupadores del suelo. Según sus tradiciones, sus antepasados se sustentaban sólo con raíces, y aun hoy se nota en ellos cierta pasión por las bulbos y la *Orchis máscula*. Agradecidos á la vaca que les procura la vida, no se atreverán á matarla; aman demasiado á sus becerros y terneras para sacrificarlas, y sólo comen de esas carnes en los banquetes funerarios. No es que la carne les repugne por sí misma. Si un extraño les da á comerla, se chupan los dedos de gusto y el festín se recuerda como fecha notable; por mucho tiempo se complacen en recordar los incidentes.

Se extraña que no se hayan ocupado de criar cabras, cerdos, carneros y aves domésticas, según lo hacen sus vecinos. Pero ellos son pastores de toros y nada más que de toros. Y bien sea por indolencia ó por otro motivo, quieren continuar siendo lo que son.

Pacíficos como nadie, el toda no usa ninguna arma ofensiva ó defensiva, no recurre siquiera á la lanza ni á un palo puntiagudo. Sus antepasados, no obstante, manejaron el arco, hicieron uso de la flecha. No se les ve ocuparse de los lagos, servirse de las redes, emplear trampas para coger peces y pájaros, ó para procurarse alguna pieza de caza, abundantes en sus dominios; sin embargo, se apropian con gusto de las presas que hacen sus perros. Los ejercicios violentos les repugnan, no se ejercitan en las armas, ni en los bastones y boxeo, ni siquiera en la lucha ni en las carreras.

No conocen la represión judicial. La sola penalidad conocida alcanza al deudor; cuando tarda demasiado en pagar, el acreedor le cuelga una pesada piedra al cuello para que soporte menos cómodamente el peso de su obligación. Las disputas se someten al sacerdote

pastor. Ninguna citación. Contra la invasión de las tribus enemigas, contra las barrabasadas de los vagos y merodeadores, esos inocentes se defienden haciendo tan bajas las puertas de sus cabañas que sólo puede penetrarse en ellas á cuatro patas. Los niños, reflexivos como no son los nuestros, jamás se golpean ni querellan, jamás se tiran de los cabellos. Habitando sobre grandes alturas por encima de las llanuras tórridas de la India, el país que ocupan nuestros todas es una especie de Suiza tropical. Retirados en los pastos, celosos de sus tradiciones, complaciéndose en sus propias costumbres, se han mantenido hasta el presente fuera de toda influencia extranjera. Ese retiro montañoso forma una isla étnica, mejor protegida, más bien respetada, que si emergiese de las profundidades del vasto Océano.

Los badagas, á quienes los todas saludan con el título de *suegros*, fineza á la que los primeros contestan pasándoles la mano sobre la cabeza, son los verdaderos ocupantes de los Nilgherris. Hace una treintena de años formaban un contingente de veinte á veinticinco mil almas, distribuidas en unas trescientas aldeas.

Hasta estos últimos tiempos toda su vida dependía de la agricultura, pero hoy saben ya multiplicar sus rebaños, y prosperan bajo la égida del gobierno inglés, que no les hace pagar sino tributos ligerísimos.

Los badagas modelan con cuidado la cabeza de sus pequeños, frotándolas y comprimiéndolas para mejor redondearlas. Pequeña morena, mediocre, en suma, la raza es bastante inferior á los todas. Las mujeres, feas y sucias, imitan la Fortuna de los poetas en lo que á la cabellera se refiere, cortándose el pelo á rape por detrás y dejándole crecer á discreción por delan-

te. Las jóvenes señalan la época de la nubilidad embadurnándose la cara con un barro espeso. Los hombres no se tatúan; el principal adorno de sus esposas consiste en un punteado sobre la frente cuyos signos estrambóticos figuran á veces una máscara, la de una divinidad, sin duda. La marca en la frente es obligatoria, facultativa en los hombros, en los pechos y otras partes del cuerpo, que se ven frecuentemente ilustradas con cruces — nada de cristiano, — con soles de ocho rayos, ó nueve ojuelos en cuadro, representados cada uno por algunos cientos de puntos, todos estigma, con relación al sistema de las castas.

El espíritu de las castas no es necesariamente el de la envidia con relación á las clases superiores. Teniendo apenas la conciencia de inferioridad, frente á cualquiera que sea, las gentes caen por entero en el sentimiento de las enormes ventajas sobre los individuos bien colocados. Los todas, que se dividen en cinco castas, entre las cuales no se establecen casamientos, sienten hacia el badaga un desprecio que el badaga lo dirige hacia el cota, el cota hacia curumba, éste hacia el irula y el irula hacia cualquier bruto. Los badagas mismos se dividen en subcastas. Para llegar á la primera hay que gravitar diez y siete grados.

Un patricio, Chitré, obligado por el hambre, tuvo la flaqueza de sentarse junto á un inferior que comía su comida. El escándalo fué terrible. El personaje que así había olvidado su rango fué sometido al fallo de la opinión y obligado á ir á ahogarse. Ese Chitré pertenecía á la tercera clase. ¡Imagínese cuál será el orgullo de las dos primeras! Uno de la primera casta reprendía á otros de inferior especie, cuando se sintió bruscamente sacudido por uno de sus villanos, cogido

por el collar, adornado con el falo nobiliario. Estupefacto, mudo de horror, el gentilhomme cogió un cuchillo y se abrió el pecho. No obstante, después del trágico suceso, su familia pasó como degradada, y sus descendientes no contrajeron matrimonio sino con badagas de ambos sexos y de bajo linaje. He aquí otro ejemplo: Toda una comunidad fué degradada, porque el hijo del jefe, enamorado de una labradora, había probado una carne que ella le ofrecía.

Aparte las castas, los badagas preséntanse corteses con sus iguales, afectuosos con sus hermanos y amigos, deferentes con los ancianos, tiernos y amorosos con los niños. Pero parece ser que la medalla tiene su reverso: se les acusa de falsedad con los extraños, se les reprocha de avaros y duros, de agricultores con pequeños vicios. El abuso del cañamón y del opio les hace fácilmente perezosos, infecundos, frívolos y ligeros, incapaces de larga atención, les enerva el cuerpo y el espíritu.

Nosotros no sabríamos si calificarlos de buenos ó malos. Si no es cosa fácil formular un juicio definitivo sobre un individuo, ¡cuánto más difícil no lo será sobre un pueblo! Es cómodo ensalzar ó denigrar á los pueblos, las naciones ó las tribus, cuando no se les conoce, pero después de conocidos prácticamente, ¿quién se atrevería?

Seremos breves sobre los cotas, los cuales ocupan el intermedio entre los badagas, ya bastante feos, y los curumbas, más feos aun.

En número de unos dos mil, habitan en los alrededores de los badagas agricultores, cerca de los cuales se ocupan como tejedores, carpinteros, herreros, orfebros, albañiles, artífices ordinarios, generalmente. Se

ocupan también en pequeños cultivos, en la cría de algunos animales, pero hasta estos últimos tiempos no se atrevían á multiplicarlos, porque los todas y badagas, sus poderosos vecinos, no se lo permitían.

Pobres en quesos y mantecas, pobres en productos del suelo, conocen el hambre de otro modo que por haberlo oído nombrar. Por eso la fiesta de Marzo, al empezar su año, se celebra con una abundante comida, mejor que eso, con una agapa concebida en sentido comunista. Cada familia aporta provisiones, contribuye á una colecta para comprar grano en el llano, legumbres y azúcar. Esas vituallas se exponen ante el cobertizo que les sirve de templo. El oficiante suplica á los dioses que procure alimentos al pueblo hasta la próxima cosecha, practica un agujero que guarnece con hojas y en el que deposita los alimentos preparados, con el fin de que la Tierra los bendiga y les comunique la virtud de multiplicarse. Luego los distribuye entre los asistentes, presentando á cada uno su parte. Los extraños que aciertan á pasar son bienvenidos. Comen y beben alegremente, luego danzan alrededor de una fogata hasta media noche. Todos los días siguientes, hasta el plenilunio, se divierten y regalan. Antes de volver á sus ocupaciones habituales, los artesanos convierten el templo en taller y cada cual fabrica un producto de su industria. En todo y por todo la cuestión es empezar bien.

Pasemos á los curumbas, que, unos dos mil próximamente, habitan las lagunas, los parajes más malos de toda la espesura de bosques, los pantanos, que un sol tropical deseca y envenena. Con frecuencia se les ha comparado á los weddas. Alimentados miserablemente y de modo repugnante, lo extraño no es

que sean mezquinos y rechonchos, sino que alcancen edad de adultos y hasta que perpetúen su especie. Creen que caen enfermos si residen algún tiempo en parajes sanos, y hasta que nadie podría habitar en sus campamentos sin ser atacado por las calenturas.

Alrededor de sus chozas, una pequeña sábana de tierra da vida raquítica á algunas raíces y legumbres. La tierra sería fértil y sana, pero ellos, á las mieses seguras prefieren la caza incierta. De tiempo en tiempo incendian un rincón del bosque, arañan la superficie con un instrumento cualquiera ó con un pedazo de madera en punta. En el suelo así arado, entierran la sementera que antes han mendigado, ú obtenido como salarios á sus pequeños servicios y trabajos; no saben ó no quieren reservarse simiente de su anterior cosecha, y menos aun comprarla, pues la moneda no es artículo de su competencia. Una vez maduras las mieses, una bandada de amigos penetra en el campo y coge ó pilla á su antojo. Después de la temporada de abundancia, las familias de la horda se dispersan en busca de bayas y raíces, en persecución del ciervo del país, del gato salvaje, de culebras é insectos, que son hábiles para sorprender y rápidos en devorar. Recogen de paso cera y miel en sus correrías, que van luego á cambiar con sus vecinos.

La mayor parte de esas pequeñas compañías se someten á la dirección de un jefe que funciona como árbitro y apacigua las disputas. Le saludan dejando caer la cabeza sobre el pecho y él hace ademán de levantarla cogiéndola entre sus manos. Leñadores por afición, manejan con habilidad el hacha y el hocino, aclaran las espesuras, cuadrean los troncos y hacen trabajos análogos con preferencia á todo otro. Cuando el hambre aprieta, hombres y mujeres se separan; estas últimas van á los aduares de los todas y bagadas á mendigar diversos comestibles, variados desechos, hasta

el agua en que cuecen el arroz; en cambio ellas ofrecen diversos trabajos, como mondar y moler los granos. Los maridos é hijos penetran estanques adentro, lugar de su predilección, refugio de la adversidad, primero y último asilo. Vagando por un lado y otro, ejercen, cuando es oportuno, el oficio de payasos, conjuradores de tigres, hechiceros y *decidores* de buenaventura, parecidos en esto á nuestros gitanos, que viven también del producto de su industria y sobre todo del merodeo, vagabundeando de aldea en aldea, de bosque en bosque. El nombre de curumbas, tan temidos como despreciados, ha venido á significar mala acción, cohecho y maleficio.

Cruel con todos los primitivos, la civilización no ha sido mala con esos pobres curumbas. Los ha transformado de cazadores en leñadores, en carpinteros; el mendigo fué convertido en ganapán ambulante, luego doméstico. Baján á contratarse al llano, una vida más cómoda y costumbres más dulces los forman y desbastan. Los que les dan ocupación están contentos de sus servicios. Por más que la fisonomía típica no cambia de una á otra generación, y que los miembros continúan durante mucho tiempo bastante cenceños—pues los huesos se modifican más lentamente que la carne,—apenas se les conocería. Su vientre ya no afecta la forma de un puchero, por sus labios ya no corre la saliva, nada de ojos siempre inyectados y boca constantemente abierta. Muchos se han vestido, han reemplazado por adornos más costosos los granos encarnados, los brazaletes de hierro mal forjado, las clavijitas de latón ó de paja entrelazadas. Maravillanse de ver cómo un trabajo regular, una alimentación más abundante y sana, transforma tan rápidamente el exterior de esos hombres, y hasta su fisiología.

Al pie de los Nilgherris, casi perdidos entre las ciénagas y las altas hierbas, viven los irulas, más ne-

gros, mezquinos y enfermizos que los curumbas, con los cuales se les podría confundir fácilmente, salvo que esos desgraciados desprecian toda cultura por elemental que sea. Fabrican sábanas de mimbre, cestitas de bambú, canastillas de junco, que venden en la llanura, cambiando por granos, sal y pimienta; recogen bayas y otros frutos, mastican raíces, cogen insectos y reptiles, huevos y pájaros pequeños: hasta carecen de arco y de flechas. Durante dos ó tres meses los retoños de bambú constituyen todos sus alimentos; luego ratas, gatos y zorros, todo lo que pueden poner entre sus dientes es buena presa, hasta la carroña. La ciénaga impone su carácter á todo lo que en ella vive; así es que se les tiene por viles entre los viles, por miserables entre los miserables.

Lo mismo que los curumbas, suelen ser payasos, bateleros y comediantes; todos sus servicios se los pagan en agua de palmera, que beben con exceso. En sus representaciones ponen en escena algunos episodios obscenos, y particularmente las aventuras del Krichna Gobinda, la vista entre los pastores. No ha sido necesario nada más para que se les reclutara por entre los vichnouitas, en oposición á los bagadas, que profesan el savaísmo.

Por todo vestido, los irulas se rodean un trapo á los riñones; en defecto de telas, las mujeres recurren á cualquier hoja. Ello no obstante, tienen pasión por los adornos. Con canutillos de paja, adornan sus cabellos con tocados fantásticos; con pajas también, se adaptan á las orejas, al cuello, á los brazos y tobillos, calabacitas secas, conteniendo avellanas y piedrecitas, que sueñan y tintinean al ritmo de los movimientos.

Desnudos como la Verdad, ó poco menos, parecen incapaces de mentir, incapaces de ocultar sus sentimientos; y la declaración de esos miserables es más creída que todas las afirmaciones de un indo, que todos los

juramentos de un brahmán. Los teorizantes del progreso ¿explican el por qué y el cómo de esta anomalía?

Contrariamente á lo que pasa en otras partes, las viudas, muy solicitadas por los jóvenes, se vuelven á casar más fácilmente que los viudos. Los padres y parientes demuestran un extraordinario afecto por su progenitura, la cual corresponde debidamente. Los hijos toman el nombre de un abuelo; después de la muerte de éste, se hacen llamar por el nombre del difunto querido.

Muy enamorados de su género de vida, de su raza y del suelo que les ha visto nacer, los irulas quieren todos dormir en familia el sueño eterno. El que fenecce en el extranjero solicita ser enterrado en fosa aislada, esperando que un amigo recogerá piadosamente sus huesos y los llevará á juntarlos con los otros, en el osario de la tribu, en medio del bosque nativo.

Así están establecidos, sobre los flancos de los Montes Azules, diversas poblaciones, caracterizadas por sus hábitos, ocupaciones y alimentación. En lo más alto los todas, exclusivamente pastores y galactófagos; más abajo los badagas, agricultores que tienen también rebaños y no desprecian tampoco la caza. Vienen después los cotas, pequeños obreros y artesanos, y en fin los selvícolas. Culumbas é irulas, esencialmente cazadores, pero también vagabundos, ladrones y artistas, mendigos y hechiceros.

¿Y sus viviendas?

Los irulas se guarecen en la ciénaga, en cubiles; se abrigan en una caverna y bajo un saliente de peña; se hacen barracas y chozas,

Los curumbas se alojan algo mejor. Lo que ellos llaman aldea, nosotros le daríamos apenas el nombre de cobertizo. Una choza de diez ó doce metros de larga, de unos cinco pies de alta; las paredes de bambú entretejidas con carrizo. Como puerta, una abertura que cierran durante la noche con un encañizado ó un haz de brozas. Bajo el tejado común, cada familia goza de un cuadro en el que se acomodan como pueden, no teniendo bastante espacio para acostarse. Los utensilios de cocina los componen unos cuantos platos y cantimploras. Hervir el arroz es un lujo reciente; no ha mucho se tostaba sobre una piedra enrojecida.

La habitación de los todas, ya más civilizados, puede, comparativamente pasar por lujosa. Cada familia tiene la suya, siempre sombreada por árboles seculares; forma y se compone esencialmente de un tejado de paja, forma ojival, con un agujero para la salida del humo. El espacio abrigado, ancho de cinco á seis metros cuadrados y alto de siete pies en la parte central, debe ser suficiente para cinco ó seis personas, las cuales entran y salen por un agujero propio de ratonera, al ras del suelo. Esta habitación se llama *maud*, parque ó establo, según el cercado contiguo, donde los animales patean, atascados hasta media pierna, por los femos acumulados.

La aldea badaga, larga casa levantada con madera y arcilla, cubierta con cañas y ramas, con una sola ventana en toda la fachada, que puede tener cincuenta metros de larga, es espaciosa y confortable, relativamente. Jamás mira al Noroeste.

El misionero Mestz, que les predicó y evangelizó durante una cuarentena de años, con más celo que éxito, explica su nombre por «gentes del Norte»; supone que

la emigración se remonta á unos tres siglos, y que son oriundos de las montañas de Misoro. Se ha inferido que tienen un origen escítico, y la hipótesis ha casi adquirido la autoridad de un hecho. No nos molesta nada, ¿pero el Norte mencionado por la leyenda es el mismo que el de los geógrafos? «En el Norte, dicen los badagas, se levanta el Kilara, nuestro Meron y residencia de Siva; en el Norte el infinito se abre sobre el reinado de las Sombras. De cuatro hombres enviados hacia los puntos cardinales, tres volvieron, pero no el que había marchado en la dirección de la estrella polar.» Entre las naciones cristianas, la palabra Oriente sugiere una vaga idea de Paraíso y de jardines de Edén. Para los badagas, todo lo que es grande y poderoso viene del Septentrión; la Madre de las Vacas diosas, habitaba el Amur antes de ir entre los todas. ¿Es que acaso los badagas requerían la vaca? ¿No saldrían ellos del Paraíso? Entre los invisibles montes del Kaylara y del Kamagiri, corre el río temido, límite infranqueable entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Los badagas no gustan de mirar hacia ese lado.

Cada familia dispone de tres piecitas, de las que la primera, abierta hacia la calle, es fácilmente accesible á los amigos y vecinos. Da acceso á un reducto con bañera, casi siempre ocupada, pues todo badaga tiene la plausible costumbre de administrarse un baño antes de la comida del mediodía. Una pieza contigua está destinada á los hornillos y reserva de provisiones. Esta es inaccesible al que no pertenezca á la familia. Hasta la esposa no podrá entrar sino algún tiempo antes y después de sus partos; se temería que su estado de debilidad y la impureza de que se estima afectada, disminuyera las virtudes del fuego ó aminorase las virtudes nutritivas de los alimentos.

Por esta misma razón y otras análogas, la aproxima-

ción á la despensa común, prohibida á los extraños, que pudieran contaminarla con su aliento, está negada también á los vecinos, que podrían llevar igualmente influencias debilitantes. La leche es objeto de precauciones extraordinarias, imitadas de los todas; no se atreverían á hervirla ni á aproximarla al fuego, por temor á producir inflamaciones en la vaca; lo que, entre paréntesis, explica el famoso precepto masáico: «No cocerás el cabrito en la leche de su madre.» Los becerros recién nacidos, se instalan en un establo especial, para mejor protegerlos contra los que «echan suertes». Sólo un sacerdote tiene derecho á gustar la leche de la vaca primeriza. Los badagas, sivaítas, decimos nosotros, adoran á su dios bajo la forma del toro Bassava ó Barsappa. El amor que siente hacia sus rebaños, sin igualar al extraordinario de los todas, constituye una religión verdadera, un culto apasionado, hasta fanático. Hace algunos años, los cotas de los alrededores quisieron poseer también ellos, grandes animales domésticos, encerrados en grandes cotos, pero les fué forzoso abandonar este proyecto por las amenazas de los todas y badagas. Esos pueblos devotos de sus profesiones, no podrían soportar la idea de que una raza, para ellos impura, se arrogara un derecho de propiedad sobre unos animales de sangre tan pura y noble como la de los toros y terneras; no podían admitir que hombres de vil extracción y de vida innoble usurparan las santas funciones de ordeñar las vacas. ¡Es cosa muy dolorosa ver enriquecerse al vecino! Los compadres curumbas son también de la misma opinión, si es cierto que han dado muerte á camaradas culpables de haberse practicado un agujero para ocultar sus provisiones. Pero, sin duda, los ocultadores que no querían partir su abundancia, habían vivido, en tiempo de escasez, de los recursos de la asociación. Tomando sin dar, se portaban como ladrones de la

peor especie, y su ejecución era legítima, tanto como la decretada en Jerusalén por los apóstoles contra Ananías y Safira, falsos abnegados. Trapacero y traidor el que, en la vida comunista, se amasa un pan solapadamente.

El curumba que toma mujer se procura una pieza de tela nueva que le ofrece como presente. Con los amigos y amigas se come más abundantemente que de costumbre, se danza y se divierten, toman juntos un baño, y todo está hecho.

En cuanto á los irulas, se casan ante un hormiguero, sin duda para adquirir, por su influencia, poderosa fecundidad, posteridad numerosa. Después de haber encendido un pedazo de alcanfor, el futuro pasa por el cuello de la desposada una cuerdecita y se la lleva así. Una suntuosa comida, que cuesta poco, y asunto concluido.

En lo que se refiere á las ceremonias nupciales, tampoco los badagas despliegan un lujo exagerado. En casa de la prometida bailan y se divierten; uno de los concurrentes, cualquiera, le arroja, como présagio de buen augurio, un bote de agua sobre la cabeza, su suegro le cuelga un collar de brillantes perlas. Un día que se cree propicio, la mujer es escoltada hasta su nueva casa, en la que penetra bajo ramos floridos; los padres la entregan á quien tiene derecho, se lavan las manos y se marchan, declinando así toda responsabilidad.

Si el desposado es demasiado altivo para ir en persona á requerir á su prometida, se toman la molestia de llevársela á su propia casa. Ella se prosterna ante el nuevo señor y amo, el que se digna ponerle perezosamente el pie sobre la nuca diciéndole: «¡Te deseo

larga vida! ¡Tráeme agua!» Ella obedece, vuelve con un jarro lleno de agua, y todo ha terminado. Sin embargo, la mujer no tendrá derecho al título oficial de esposa sino después de haber salido felizmente del primer embarazo. Si lleva un fruto durante siete meses, sin accidente alguno desagradable, se procede al casamiento definitivo. Una comida reúne á las dos familias, después de la cual el padre coge del brazo á la joven esposa. Esta se levanta, llama la atención y enseña su vientre abultado. El recién casado se adelanta: «—Me permites que ponga este cordel al cuello de tu hija?» «—Sí,» contesta su suegro. Después de la sencilla ceremonia, la boda oficial ha terminado; el niño será reconocido como legítimo. Se presenta un plato; parientes y amigos depositan sus arras. Algunos jóvenes, difíciles de complacer, hacen tres ó cuatro pruebas antes de encontrar calzado para su pie. Después del casamiento á prueba, existe el casamiento temporal. Y como si todo eso no fuese suficiente, los divorcios son de una extrema facilidad.

Tales son las formas ordinarias del casamiento, pero la más considerada es la del rapto, que ambicionan las niñas románticas. Los primeros esporios tenían lugar, en efecto, de ese modo. Con hacha ó cuchillo en mano, nuestros remotos padres se hacían amar de nuestras remotas abuelas. En materia de mujeres, el axioma: «la propiedad es el robo» fué indiscutible durante largo tiempo.

El joven badaga que no ha podido obtener á la joven elegida de su corazón, hace saber que la conseguirá ó se suicidará. Sabido lo cual, sus amigos le ponen al frente, y, si es necesario, van á buscar refuerzos entre los todas, volviendo un grupo de robustos mozos. El rapto se consigue la mayor parte de las veces; si la joven, por azar, no encuentra la aventura de su gusto, no tarda en envenenarse.